

## EL BESO DE ELI

Por J.J. Martínez

Caminar en pleno siglo XXIV por esta ciudad me hace pensar que la historia, al igual que la vida, avanza en ciclos cuyo extremismo aumenta con cada etapa completada.

La vida se hace cada vez más insostenible porque los recursos se agotan, y aquellos denominados “reciclables de nueva generación” carecen de esencia natural, quedando ésta relegada a la base inestable de un reino artificial. El paso del tiempo ha radicalizado las diferentes corrientes políticas, y el mundo se tambalea entre sistemas democráticos, dictatoriales y comunistas, con diseños cada vez más autodestructivos.

Mi nombre es Eli, y se podría decir que soy *La Muerte*. Aunque paradójicamente también soy *La Vida*. En los tiempos que corren, representar a estas características tan propias de la naturaleza, me convierte en el diamante en bruto de la decadencia prefabricada del mundo actual.

El recuerdo de mi primera vida me invade mientras observo los puentes de la parte nueva de la ciudad. Se encuentran abarrotados de quimeras humano-robóticas, algunas más humanas que mecanizadas y otras donde la vida apenas es apreciable. Me acerco para verlas mejor y pienso que tenemos más cosas en común de lo que ellas pudieran imaginar. En algún momento compartimos los mismos sueños, aunque nuestras épocas y circunstancias fueron muy diferentes. Por ello, mi naturaleza es distinta a la de ellas.

Las quimeras miran al vacío y se lamentan por su pasado. Esa ambición de estar vivos eternamente, les llevó a un estado donde la vida quedó reducida a un resquicio que reside en sus corazones. Y esto sólo para aquellos que todavía no hayan decidido sustituirlo al completo por uno artificial y mecánico. Desde principios del siglo XXIII, la mayor parte de los órganos del cuerpo humano tiene un homólogo artificial, con fecha de caducidad y sustituible por otro similar o mejor, una vez cumple su vida útil. Esto ha alargado de manera notable la esperanza la vida; casi hasta los límites de la inmortalidad en algunos casos. Con buen asesoramiento, puedes conseguir la mejor combinación entre los órganos naturales y los artificiales. Además también se pueden conseguir modelos mixtos. Las quimeras luchan por conseguir la combinación perfecta que les permita alcanzar la eternidad perdiendo la menor esencia vital posible. Pero la mayor parte de las veces el proceso se complica y el camino suele acabar aquí, en este mismo puente. Las quimeras que han fracasado, viven al borde del mismo pensando en suicidarse de forma constante. Muchas de ellas saben que eso ni siquiera sería posible, dado su nivel de inmortalidad. Han perdido casi toda la esencia natural de la que disponían, y esa sensación tan extrema de estar mano a mano con la muerte será, paradójicamente, lo más cerca que estarán de la vida en el resto de sus días. Eso si no se ha logrado la inmortalidad total, claro.

La nostalgia me lleva a pensar que los años que duró mi primera vida fueron plenos. Nací en el siglo XVIII, en el seno de una familia con un pasado imperial, dentro de un país con una tradición imperial. En aquella época, a las puertas de la revolución industrial, se vivía un

momento de crecimiento artístico y científico tan grande que al ego humano no le pasó desapercibido. Yo soy el resultado de ese amor por la propia especie que a muchos les permitió trabajar con conceptos que iban mucho más allá de sus posibilidades intelectuales.

Mi familia pactó mi matrimonio con el único heredero de una familia poderosa y muy influyente en la sociedad de entonces. Lo cierto es que la primera vez que vi a Charles, supe que iba a ser el hombre de mi vida. Aun hoy, pensar en el color verde grisáceo de sus ojos es lo que me hace recordar que en algún momento estuve viva. Detalles como estos hacen que nunca pierda de vista quién soy, quién fui y de dónde vengo.

La conexión que establecí con Charles, desde el primer momento se basó en el amor que ambos profesábamos a la vida. Siempre negábamos u ocultábamos cualquier motivo que pusiera en evidencia nuestra naturaleza mortal. De hecho, para nosotros el futuro a largo plazo siempre fue un tema tabú. Envejecer y morir tras una vida plena nunca estuvo entre nuestros planes. Pero el paso del tiempo pasaba factura a nuestros cuerpos, a nuestra forma de ver la vida y a nuestra relación. Estábamos dispuestos a detener todo lo que supusiera una evolución de nuestro estado, porque los indicios de deterioro nos mostraban que la caída era inevitable.

Mi padre, médico de profesión, siempre tuvo un especial interés en el desarrollo científico, y alternaba su oficio con la investigación en envejecimiento. Colaboraba con el gremio de alquimistas, también contagiado por el fulgor de la época. Estaba involucrado en varios proyectos que intentaban explicar, desde un punto de vista racional, la transformación humana en una entidad inmortal. La pretenciosa ambición de sus objetivos, unida a la corriente racional que comenzaba a gestarse en los países europeos, puso en duda su reputación, por lo que sus compañeros de profesión dejaron de tomarle en serio centrando sus intereses en otras empresas. Su vinculación con la alquimia ponía en duda para muchos la seriedad de sus proyectos, en los que magia y ciencia se entrelazaban para obtener un resultado.

Sin embargo, sus investigaciones no quedaron en meras anécdotas, por lo menos para Charles y para mí. Cuando mi padre murió, mi madre y yo seguimos financiando sus investigaciones con la ilusión de continuar con aquello que él había comenzado a construir. Pusimos al mando a Jack, que había sido la mano derecha de mi padre en el diseño y desempeño de muchos de sus experimentos. Charles y yo soñábamos con poder tomar el remedio contra el envejecimiento, aunque Jack afirmaba que las investigaciones aún eran muy primitivas. En una de nuestras cada vez más frecuentes conversaciones, nos explicó cómo el desarrollo racional del siglo XVIII les había aportado la base científica que existía en el elixir de la vida, o piedra filosofal, componente buscado por los alquimistas desde el principio de sus tiempos.

Jack nos contaba que el gremio de alquimistas había colaborado muy amablemente con ellos, proporcionándoles la receta más aproximada que poseían de la “sustancia”. El equipo de investigación se había encargado de probar el efecto del conjunto de sus componentes en diferentes combinaciones sobre el proceso vital, incluyéndolos en la dieta de pequeños mamíferos. La mayoría morían envenenados, aunque tenían alguna que otra excepción.

Algunos ejemplares toleraban durante más tiempo el alimento y sufrían extraños cambios en su fisiología: mudaban el pelo y las uñas de una forma más rápida de lo habitual. Lo hacían prácticamente de una vez, como si se tratara de una serpiente que se deshace de su camisa.

Además, adquirirían un aspecto similar al de una cría, pero mantenían su tamaño y peso. Al cabo de dos semanas morían.

Desde un punto de vista científico este proceso no tuvo una explicación clara, aunque para los alquimistas fue un gran descubrimiento. Sus tratados defendían que tomar una infusión con el elixir de la vida producía esos efectos: tras la ingestión el cuerpo sufría un proceso de rejuvenecimiento que se mantenía por toda la eternidad. Jack no tenía una postura clara frente a esta similitud, pero decía que el ser humano tiende a llamar magia a aquello que no entiende. Estaba de acuerdo en que existían muchos fraudes, pero también afirmaba que el ser humano constantemente se topa con cosas a las que no sabe dar explicación, y que por ello no dejaban de ser ciertas.

Meses después de aquella conversación, una terrible enfermedad comenzó a debilitarme de forma trepidante. La verdad es que nunca supe con exactitud cuáles fueron sus causas. Todo apuntaba a una infección sistémica que se manifestaba en forma de fiebres altas, debilidad y delirio. Los médicos no lograban controlar el avance de aquel mal, y Charles estaba perdiendo la paciencia. La desesperación se apoderó de él y rara vez dominaba sus emociones. En uno de mis momentos de lucidez, me confesó que había estado añadiendo diferentes dosis de “la infusión” a mis alimentos, y que creía que estaba haciendo efecto porque las fiebres remitían. La mejora no duró mucho tiempo, y tras una nueva recaída, mis posibilidades de sobrevivir eran cada vez más remotas. Dos semanas después de aquello fallecí.

Lo que sucedió luego fue el infierno en sentido literal. Sobre todo porque me llevó un tiempo comprender lo que estaba sucediendo. El siguiente recuerdo que tengo es la oscuridad absoluta. No estaba segura de dónde me encontraba, pero apenas podía moverme. Sentí una ligera claustrofobia y una sensación de ralentización muy extraña. Podía analizar con la precisión de un cirujano las milésimas de cada segundo. En el intervalo entre las mencionadas milésimas, identificaba espacios temporales “blancos”, que iban completándose con grandes cantidades de información y conocimientos que antes no poseía. Comprendí a la perfección la matriz en la que están entretejidos los conceptos espacio y tiempo. Adquirí, entre otras muchas virtudes, una concepción histórica muy completa. Sentía como si mi mente se estuviera ajustando a una nueva situación corporal y sensorial.

Al poco tiempo comprendí dónde estaba y sentí una apremiante necesidad de buscar la luz, atravesar el abismo en el que estaba sumergida y situarme en el mundo que había conocido en mi vida anterior. Me agarré a la luz como si fuera la vida misma intentando escapar, renegando de mí, olvidándome. Cuando al final la alcancé, descubrí el cielo, de un tono violáceo como el de un atardecer llegando a su fin. Miré alrededor y corroboré lo que ya sabía: acababa de escapar de mi propia tumba.

Durante varios meses anduve escondida para evitar ser rechazada o causar miedo entre mis antiguos vecinos. Eso no me impidió mantenerme cerca de mi antigua casa. Aprovechaba las noches espesas del frío invierno para espiar por las ventanas. Vi el sorprendente cambio que había adoptado la expresión de Charles. Parecía como si hubiera envejecido al menos 20 años en unos pocos días. Ensayé en varias ocasiones la forma en la que me presentaría ante él y le contaría lo sucedido, hasta que un día lo encontré sobre el tejado de la casa, con la intención de arrojar al vacío.

Aparecí justo detrás de su espalda y le dije que no lo hiciera. Él permaneció inmóvil, sin mencionar palabra. Tras unos segundos de silencio, le conté que la infusión había hecho efecto, que estaba notando unos cambios extraños en mi cuerpo pero que estaba viva. Charles contestó por primera vez, afirmando que mi voz no le resultaba familiar. Le noté algo aturdido, quizás por el olor penetrante y dulzón que cargaba cualquier ambiente en el que yo estaba presente. Hablando a gritos me decía no podía ser posible, que los resultados de las investigaciones eran el producto de mentes trasnochadas. Le toqué el brazo, y acto seguido dio la vuelta asustado, con la intención de acabar con cualquier contacto físico. Cuando miró mi nuevo aspecto por primera vez, descubrí el terror en su semblante. Puedo decir que esa mirada es la que más dolor me ha provocado en el resto de mis días. La impresión que le produjo mi nuevo ser le debilitó y los pies comenzaron a fallarle. A continuación, le volví a agarrar el brazo para que no cayese, pero peleó por deshacerse de él, entre gritos, insultos y súplicas. Pedía una y otra vez que le soltara, pero yo no estaba dispuesta a ello. Finalmente cayó al vacío, tras lo cual se hizo el silencio.

Durante varios años continuó mi transformación. Mi cuerpo se estaba pudriendo y pensé que la mejor forma de adoptar mi nueva identidad sería en soledad. Por ello me alejé de todo núcleo urbano y viví escondida en zonas rurales, en casas abandonadas e incluso cuevas. Analicé toda esa información que brotaba entre cada intervalo de cada milésima de segundo, y tuve tiempo suficiente para reflexionar. Al cabo de lo que a mí se antojaron años, me convertí en algo totalmente diferente a lo que había sido en mi vida anterior.

Un día mientras caminaba, descubrí mi nuevo aspecto mirando mi reflejo sobre la superficie de un lago. Era totalmente huesudo. Toda la carne, humores, pieles y mucosas habían desaparecido. Sólo conservaba el pelo y las uñas que, con el tiempo, llegaron a desaparecer. Intenté reírme recordando el proceso de transformación de los antiguos tratados de la alquimia, pero mi expresión no cambió. Tenía esa mueca macabra y burlona que tienen todas las calaveras.

La descomposición de mi cuerpo, no fue asociada a una equivalente en mi sistema sensorial e intelectual. Tenía los sentidos hiperdesarrollados, aunque su forma física terminó por desaparecer. Adquirí una nueva versión sentimental de mí misma, emocionalmente fuerte, para compensar un carácter muy empático y receptivo.

Al final, decidí adquirir la apariencia clásica y mitológica más conocida de La Muerte. Pensé que era lo más parecido a la personificación de la misma que existía sobre la tierra. Cuando mi imagen fue tomada como presagio en diferentes lugares, decidí utilizar este poder para interferir con mi presencia en varias guerras y conflictos, con la finalidad de transmitir miedo e impedir catástrofes. La mayor parte de las veces el efecto fue inverso, y era yo quien sentía miedo. Tenía la sensación constante de encontrarme cara a cara con la verdadera muerte. Al fin de al cabo, estoy más viva que muerta. Mi cuerpo desapareció, pero mi capacidad de pensar y sentir está más desarrollada que en mi primera vida.

Y así durante años he buscado propósitos, dar un sentido a mi existencia. En varias ocasiones lo he conseguido. En otras, a pesar de poseer todo el conocimiento del universo me sentía más sola y perdida que cualquier ser humano en este mundo.

Absorta en mis reflexiones, observaba el puente con sus estatuas quiméricas coronándolo, cuando caí en la cuenta de que una de ellas me estaba mirando. Parecía artificial por completo, pero tenía un brillo muy natural en sus ojos. Decidí acercarme con curiosidad hasta encontrarme frente a ella. Veía mi capa negra de seda reflejada en sus ojos mientras una lágrima caía por su mejilla plástica. Descubrí que su nombre era Eva. Tenía todos sus órganos artificiales paralizados, a excepción de sus ojos y parte de su cerebro, constituyentes de su sección natural. Este encuentro era lo más impredecible que le había sucedido en años, y sólo su parte viva sabía reaccionar ante esta situación. Me dijo que lloraba de miedo y angustia, pero también de felicidad porque mi presencia había potenciado su capacidad de sentir. Mi compañía le provocaba una sensación mucho más placentera que la incertidumbre del suicidio. Nuestra conversación continuó alrededor de sus miedos, como el temor a olvidar su pasado, una vez fuese mecánica en su totalidad. Al final, me preguntó si había llegado su hora, que si estaba allí para llevármela. Quería sentirse más viva o desvanecerse, no soportaba más tiempo aquel estado pétreo.

Y justo fue en ese momento en el que la parte humana de Eva tomaba el poder total sobre el autómatas, cuando decidí abrazarla y besarla. En el instante en el que mi oscura calavera rozó sus labios sintió el amor, la guerra, el odio, el deseo, la envidia, la tristeza y el miedo del mismo modo que yo los veía desde mi transformación. Vi cómo pasaba por su mente todo mi proceso de metamorfosis y los conocimientos adquiridos tan extrañamente entre los huecos temporales que dejaban las milésimas que componían los segundos. Unos segundos después, su cuerpo frágil se escurría de mis manos para caer al vacío.

Su parte humana podría haber sobrevivido aprovechando la fuerza que le había transmitido, pero Eva recibió una dosis vital tan grande que su cuerpo no pudo soportarlo.

Quizás en ese momento nació mi nuevo propósito. El mundo desarrollado descubrirá que una pandemia acabará con sus perfecciones más imperfectas, que un psicópata perseguirá a las quimeras o que la muerte personificada atacará un sistema que tiene todo previsto y controlado. Nacerá de nuevo el instinto de supervivencia, el miedo y el mito. La parte humana despertará y se preparará para un nuevo ciclo, un renacimiento de la especie, una lucha silenciosa contra lo artificial, camuflada mediante una persecución al germen del que considerarán que brota esta invasión.

En definitiva, el ser humano no puede avanzar si no conserva las reacciones más instintivas. Necesitan vivir con la racionalidad que aportan la ciencia y el desarrollo, pero no pueden obviar que la incertidumbre forma parte de su supervivencia. Ciencia y magia, lo conocido y lo desconocido, deben formar parte de su lucha interna para dar sentido a su vida. Dar explicación a lo que le rodea le mantiene vivo. Cuando el mundo se vuelve predecible, la especie humana se debilita. El tedio es el fin de su supervivencia.

Muchos me tomarán por villano, cuando puede que mis acciones estén salvándole el pellejo a la humanidad. Pero siempre he sido el nexo de los contrastes; al fin de al cabo soy héroe y villano, ciencia y magia, vida y muerte. Soy el mecanismo que tiene la vida para mantener en equilibrio una serie de reacciones físicas, químicas, celulares, fisiológicas, intraespecíficas e interespecíficas dominadas por la presión de la supervivencia. Puede que sin este control, la

bomba de relojería que suponen todas estas interacciones estuviera destinada a la autodestrucción.

**FIN**